

Ausencia de Verdadero Contenido Filosófico en el famoso "Informe Ilitchev"

Dr. J. G. Caffarena.

Hay que reconocer que el intento de Ilitchev, en su famoso escrito, fué un intento de orden puramente práctico: intensificar la propaganda atea en Rusia. Los argumentos se eligieron y desarrollaron en orden a ese fin: o sea en cuanto sirvieran para estimular el celo, un poco apagado, de los activistas del comunismo. Por eso, tan pronto se les anima con el señuelo de la concepción científica del mundo, ya casi acabada, como se les culpa de haber contribuido con su poco tacto y su falta de interés, a la conservación de los "prejuicios" religiosos en vastas zonas del país.

Pero, sin duda que por tratarse de un informe elevado al "pleno" de la "Comisión Ideológica", adscrita al Comité Central del Partido Comunista de la URSS (que es el organismo que en última instancia impone su voluntad a los mismos Jefes Supremos), convenía fuera revestido de cierto ropaje científico. Máxime cuando se trataba de un documento destinado también a producir su efecto en los "camaradas" del exterior y que se iba a leer por tantos filósofos y personas cultas no comunistas. Este parece ser el motivo por el que dicho Informe apareció ataviado como le conocemos. (1)

Pero, a poco que se le lee con detenimiento, queda uno admirado de su pobreza ideológica y de lo poco que en este terreno se requiere para que un escrito de este tipo merezca la aprobación de la dicha "Comisión Ideológica", el máximo y más ideológico organismo del Soviet Supremo.

Así le ha ocurrido al Dr. José Gómez Caffarena, el cual afirma:

"El hibridismo de metafísica y cientismo positivista es, reconocidamente, característico del pensamiento soviético. En el Informe Ilitchev lo encontramos del modo más hirlente, en un decepcionante balanceo".

Y añade:

"El verdadero científico encontrará que se extrapolan sus conclusiones. El que por el contrario, esté acostumbrado a moverse en una reflexión de alcance metafísico, encontrará que se elude constantemente el planteamiento sincero de las últimas cuestiones, pero no por declararlo imposible, sino pretendiendo insinuar una respuesta determinada (materialista) al abrigo de las conclusiones científicas, que decididamente no la justifican ante ninguna lógica de un cierto rigor".

Todo ello prueba —añadiremos nosotros— que continúa siendo cosa difícil el conseguir que una mona no parezca mona a fuerza de cubrirla de paños de seda.

Por otra parte, no deja de ser extraño el empeño evidente puesto en declarar la incompatibilidad entre comunismo y religión, en unos momentos en los que en el extranjero se intentaban diversos acercamientos, a la sombra del llamado espíritu de la encíclica "Pacem in terris" promulgada unos meses antes que el informe. Sus afirmaciones tajantes no pudieron por menos de echar por tierra tales intentos, como ocurrió con la "Semana del Pensamiento Marxista" tenida en Francia, y como ocurrió con los esfuerzos del comunista francés Roger Garaudy, el cual insistía en establecer nuevos modos de diálogo con los católicos.

El Informe Ilitchev ha sido estudiado en el terreno de la práctica, principalmente en su aspecto antirreligioso. Faltaba un estudio filosófico de los argumentos contenidos en el mismo. Por eso nos hemos decidido a condensar para nuestros lectores el excelente trabajo del Dr. Caffarena, hecho a través del prisma de la Filosofía de la Religión. (2)

I.—RESUMEN DEL INFORME ILITCHEV.

Vamos a presentar, en primer lugar, un resumen del Informe, destacando ordenadamente las ideas que más nos interesan desde nuestro punto de vista teórico e indicando meramente los amplios desarrollos sobre los medios prácticos de llevar a efecto la campaña atea. Con ci-

tas algo extensas trataremos de dar la mayor objetividad; para ella no es, en cambio, necesario un igualitario extracto literal, por lo demás poco útil por las continuas repeticiones y el poco orden del desarrollo del Informe.

(1) Véase el texto en "ECA", Set. 1964, pp. 256 y sigs.

(2) Véase "El Informe Ilitchev", por José González Caffarena, S. J., "Razón y Fe", Dic., 1964, pp. 405 y sigs. Véase también: "Las nuevas tácticas del ateísmo ruso", por Ramón Barros, "ECA", Ag. 1964, pp. 220 y sigs.

Ilitchev no deja de reconocer que es la (relativa) implantación del comunismo en Rusia la que ha permitido una cierta superación de la ideología religiosa y que el trabajo por una más plena implantación del comunismo hará mucho por completar la superación.

Pero lo que en su Informe recibe el acento es, más bien, la necesidad de acelerar, por procedimientos de difusión ideológica, la formación de la mentalidad atea, como base para el triunfo del comunismo. Es el "idealismo" que le achaca Garaudy. Y la formación de la mentalidad atea se logrará con "la formación de una concepción científica del mundo". Esta es la primera frase del Informe y su verdadero leitmotiv (en los párrafos introductorios se repite literalmente hasta ocho veces, y después aún bastantes más en forma idéntica o equivalente).

"Una profunda interdependencia entre las tareas prácticas que se refieren al incremento del rendimiento del trabajo al incremento de la producción industrial y agrícola y a la educación comunista de los trabajadores, encuentra precisamente su foco en el problema de la formación de la concepción científica del mundo.

Elevar a todos los trabajadores al nivel de creadores conscientes de la sociedad comunista es no solamente nuestro objetivo, sino igualmente la condición sine qua non de la construcción efectiva del comunismo".

Hay que luchar positivamente contra las supervivencias del pasado, que mantienen aún vigente la ideología religiosa. No es posible esperar el momento en que ellas desaparezcan por sí; sería peligroso siempre, pero aquí "es particularmente inadmisibles, tratándose de la educación ideológica de los ciudadanos. La tarea de formar la concepción científica del mundo es un deber ideológico de combate".

Alguna vez parece que la formación de la mentalidad científica es en el Informe un medio de lucha antirreligiosa; con más frecuencia parece, más bien, la exclusión de lo religioso medio de la formación de la visión científica; otras veces ambos objetivos parecen coincidir plenamente y las fórmulas que los expresan vienen a ser sinónimas.

En todo caso, religión y ciencia son incompatibles; y ésta es la razón por la que se quiere excluir la religión, y por la que se proclama "una ofensiva de la ciencia en todo el frente".

La oposición de la religión a la ciencia.

¿Por qué son ciencia y religión "radicalmente opuestas"?

"La base de la ciencia está constituida por el conocimiento de las leyes objetivas de la realidad y la verificación de la autenticidad de los conocimientos por la experiencia y la práctica. La ciencia, que confirma las posibilidades ilimitadas del espíritu de descubrir los secretos de la naturaleza y de la vida social, demuestra día tras día la fuerza del espíritu del hombre.

Por el contrario, la religión representa la imagen fantástica, desnaturalizada, del mundo; ella paraliza el espíritu del hombre por los dogmas, ahoga todo pensamiento creador. La religión no puede menos de ser un freno al progreso científico y al conjunto del progreso social".

Parecería obligado aducir pruebas de este último veredicto. Pero simplemente se da por obvio. Sólo se asevera que "la historia del desarrollo de la ciencia y de la religión es la historia de la regresión constante de la fe religiosa ante la verdad científica". Y se procede a ejemplificar:

"Allí donde los teólogos veían la impotencia del espíritu del hombre, hoy el espíritu triunfa. Ya no queda lugar a la fe religiosa. Uno de los principales postulados irrefutables de la concepción religiosa, "Nadie sino Dios conoce los secretos de la Creación del mundo", está derruido hasta sus cimientos. Las leyes de la naturaleza, la construcción del Universo, el origen de la tierra, la vida del hombre, la aparición y la esencia de su conciencia, así como otros problemas declarados por los teólogos inaccesibles al espíritu del hombre, han ya en gran parte cesado de ser "enigmas del mundo".

No pretendemos aún comentar estas afirmaciones tan ambiguas, sino tomar nota de la motivación y captar su sentido. Naturalmente se aduce a continuación los resultados de la observación astronómica actual y se exaltan los éxitos soviéticos en satélites, cosmonautas, etc.

"La química es, por su parte, una de las ciencias más "ateas" de nuestro tiempo. Ella "crea" verdaderamente el mundo de los objetos conforme a la voluntad de los hombres, destruyendo las leyendas religiosas relativas a "milagros divinos". (...)

Durante siglos la religión ha especulado sobre la tierra. ¡Cuántas leyendas y fábulas no ha creado a este propósito! (...) La ciencia aquí también ataca en todo el frente, comenzando por el estudio de la teoría general del problema del origen de la vida y terminando por investigaciones muy concretas sobre las funciones de la vida, interviniendo profundamente en ella por el retraso o aceleración de los procesos vitales, por el perfeccionamiento y mejoramiento de la naturaleza, animales y plantas".

Menos exultantes que los anteriores, son estos párrafos más concretos en sus pretensiones; quizá por eso mismo su lógica interna se hace más difícil. La concreción en el objetivo (y la precariedad de la argumentación) llega al máximo en el siguiente:

"Jamás la enseñanza religiosa sobre el alma ha sufrido tantos golpes decisivos. Actualmente un vasto campo se abre al fecundo desarrollo de la psicología, ligada estrechamente a la fisiología del cerebro y con la base de los resultados de las ciencias sociales, naturales y técnicas, en particular de la cibernética. (...) Ya parece posible no solamente analizar el mecanismo del pensamiento, sino también modelar algunos de sus aspectos. El rápido desarrollo de la ciencia y su incursión en el "santo de los santos" de la naturaleza, le dan un carácter netamente ateo. Las inmutables conclusiones científicas sobre la materialidad del mundo y la posibilidad de reconocer la capacidad interna de la materia para moverse y desarrollarse, penetran cada vez más en la conciencia de los hombres".

La sumaria invocación de las ciencias termina con las sociales, que, al descubrir las leyes del desarrollo de los grupos humanos, han arrumbado los antiguos providencialismos y fatalismos de la actitud religiosa. Esta afirmación, sin duda la mejor fundada de las que llevamos viendo, induce otra, la más directamente antirreligiosa: hemos llegado a descubrir las bases sociales del hecho religioso y a construir con ello un ateísmo científico.

"El marxismo ha demostrado que la religión es un fenómeno histórico: hubo una época en la que la religión no existía y vendrá otra en que desaparecerá".

Oportunamente se ha sustituido la "ciencia" por el "marxismo". Pero los límites entre ciencia y filosofía, cuando se trata de la marxista, no aparecen nada marcados en el Informe. Hay un innegable deseo de continuidad, que muestra la veneración que se tiene por la ciencia: se quiere sin duda autorizar la filosofía marxista con los éxitos de la ciencia. Después reflexionamos sobre ello.

Contra un deslinde de competencias.

Es significativa la denuncia, que se hace a continuación, de la maniobra eclesiástica que tiende a modernizar la religión, mostrándola de acuerdo con la ciencia; parece dictada por los celos. Para desvirtuar la maniobra, se asegura que si la Iglesia cultiva la ciencia, es con finalidad puramente apologetica.

"En Occidente, centenares de sabios son utilizados por la Iglesia. La Iglesia Católica, por ejemplo, tiene su Academia de las Ciencias, decenas de centros de investigación dotados de material técnico moderno. ¿Con qué fin? ¿Para el desarrollo de la ciencia? De ninguna manera: su único fin es encontrar el camino de reconciliación de la religión y la ciencia".

La acusación no queda muy probada con sola una cita, amplia y ambigua, de un folleto publicado en Bruselas. Lo interesante es que Ilitchev concibe así el citado recurso eclesiástico: "La religión se ha aprovechado siempre de la ignorancia de los problemas todavía no resueltos por la ciencia" (Ib.). Como el progreso científico se va realizando por pasos, la religión procura siempre retirarse de los terrenos ya conquistados por la ciencia a los que todavía quedan por conquistar. Reconoce sin embargo, suficiente lucidez a los teólogos para caer en la cuenta de que esta perpetua provisionalidad no les favorece; aquí inserta su otra táctica, la de introducir "dos verdades" (alude a la teoría medieval), para lograr así acotar un campo a la religión, al abrigo de los ataques de la ciencia. Para declarar fallido también este intento, Ilitchev no trae argumentos, lo que resulta significativo. Se contenta con citar en resumen unas palabras "del cura de la catedral de Pokrov en la ciudad de Kulbychev", en que el intento queda en una ingenua caricatura.

La religión en lo social.

Y pasa a reconocer que también en el campo social y político la religión se adapta. Hay en Occidente muchos militantes religiosos que defienden el progreso social y la coexistencia pacífica (contra el imperialismo capitalista). El gesto de Juan XXIII y su Concilio responden a esta actitud.

Aquí inserta una breve presentación de la situación religiosa en la URSS, haciendo historia de sus vicisitudes desde la revolución. "Una parte bastante grande de los ciudadanos soviéticos queda aún, de una manera u otra, bajo la influencia de la religión". Diversamente, con un 70 por 100 de mayores de cuarenta años y de un 70 a un 75 por 100 de mujeres, con diversidad también en el fervor de su adhesión religiosa, los creyentes resultan aún por su sola existencia un cierto desafío al marxismo-leninismo.

La batalla contra ellos se hace más difícil precisamente por la adaptación que hoy muestran. Aquí Ilitchev deja por una vez el tema fundamental de "la ciencia" e intenta mostrar un esencial reaccionarismo de la Iglesia, no en la cuestión de la propiedad, sino en la valoración de lo humano.

"El código moral del constructor del comunismo da confianza al hombre en su capacidad de transformar el mundo, de crear una vida feliz sobre la tierra. ¿Y la religión? Ahora como siempre, no lo hace avanzar sino que lo retrae. Hace de él un esclavo de Dios, pasivo, sólo capaz de permanecer de rodillas ante él pidiéndole gracia. (...)

Es el trabajo por el bien público, el aumento del rendimiento del trabajo, lo que constituye la base de la formación de la mentalidad del constructor del comunismo. (...) ¿Cuál es la actitud predicada por la religión ante el trabajo? Es indudable que con mucha frecuencia los creyentes trabajan tan bien como los no creyentes. Pero si lo hacen, no es a causa de sus convicciones religiosas, sino más bien a pesar de ellas. Porque la religión aleja al hombre del trabajo. Desvaloriza el trabajo a los ojos de los creyentes, porque les inculca desde su nacimiento la idea absurda de que todo lo terrestre es perecedero y vano. La ideología religiosa no solamente no anima al trabajo, sino que le quita la belleza que inspira al hombre. La enseñanza religiosa invita a esperar la gracia divina y a no apoyarse en el propio trabajo. No condena el parasitismo, sino que en el fondo lo justifica".

Esta requisitoria es accidental en el conjunto del Informe. Pronto se vuelve al tema principal: "la explicación del carácter anticientífico de la ideología religiosa debe ser el objeto principal del conjunto de la propaganda atea". Aunque adopte una actitud progresista en tal o cual cuestión social, "la religión permanece siendo una ideología anticientífica, extranjera al comunismo".

El resto del Informe es ya completamente práctico. Establece las metas concretas, pasando revista a las situaciones en que renace la religiosidad (educación de la infancia, influencia de la mujer, momentos de dolor y abandono). Pide severidad en el cumplimiento de la ley de cultos, reactiva de la propaganda religiosa; pero aconseja no herir los sentimientos de los creyentes. Propone sustituir solemnidades laicas a las religiosas. Pide organización, oportunidad, dotes persuasivas, utilización de todos los medios de difusión.

II.—REFLEXION SOBRE LA MENTALIDAD DEL INFORME.

Para quien esté introducido en la Filosofía occidental del último siglo y medio, con sus complejidades y sus serios problemas, sus intentos actuales de reconstrucción metafísica a partir de la existencia humana, sus nuevos planteamientos del problema religioso, la mentalidad que se refleja en el Informe Ilitchev resultará inverosímilmente ingenua.

Su culto de la ciencia y sus éxitos nos evoca inevitablemente el estado de espíritu de nuestro siglo XIX. Sabemos bien que el nuevo positivismo occidental, fruto típico del siglo XX, está muy lejos de esos entusiasmos y de hacer, como hizo el decimonónico, una metafísica de la supremacía de la ciencia. Si quita significación especulativa a las proposiciones sobre Dios, la quita también a todas las que intentaran "últimas explicaciones" a partir de los resultados de la ciencia: todo el transfondo del Informe Ilitchev sería para el neopositivismo occidental algo carente de significación teórica, una ideología metafísica, tan poco "científica" como cualquier otra.

El hibridismo de metafísica materialista y cientismo positivista es, reconocidamente, característico del pensamiento soviético. En el Informe Ilitchev lo encontramos del modo más hiriente, en un decepcionante balanceo.

El verdadero científico encontrará que se extrapolan sus conclusiones. El que, por el contrario, está acostumbrado a moverse en una reflexión de alcance metafísico, encontrará que se elude constantemente el planteamiento sincero de las últimas cuestiones, pero no por declararlo imposible, sino pretendiendo insinuar una respuesta determinada (materialista) al abrigo de las conclusiones científicas, que decididamente no la justifican ante ninguna lógica de un cierto rigor.

Las escapadas de ciencia a filosofía.

Recordemos aquella afirmación ya citada: "Las leyes de la naturaleza, la construcción del Universo, el origen de la tierra, la vida del hombre, la aparición y la esencia de su conciencia... han ya cesado en gran parte de ser enigmas del mundo". Aquí, para que efectivamente desapareciera lo "enigmático" debería incluirse el problema del primer origen de la realidad material; sobre él la ciencia no dice nada, ni puede decirlo, pero el hombre puede muy bien plantearse. El mismo materialismo dialéctico, como filosofía, lo aceptaría y daría una respuesta: la autosuficiencia de la materia en su existir. Pero tal respuesta debe discutirse filosóficamente; es absolutamente inútil buscar la respuesta en la ciencia. Parece que Ilitchev ve esto y por eso deja su afirmación de la ambigüedad "han

ya cesado en gran parte de ser enigmas del mundo". Sin duda que la ciencia nos ha ilustrado inmensamente sobre el modo concreto de desenvolvimiento del Universo; pero con eso no ha dicho absolutamente nada sobre el otro problema, el verdaderamente radical. El teólogo, y el metafísico, podrán perfectamente pretender que tienen una respuesta para ese problema, allí donde no llega el científico en cuanto tal. Y todo hombre profundo (también el científico en cuanto lo es) deberá plantearse ese problema y estudiar las diversas respuestas que, con un método no precisamente "científico" (en el sentido de las ciencias de la naturaleza) se han intentado. La autosuficiencia de la materia, es una de ellas; no muy justificable, desde luego.

Más explícita es en el párrafo citado la aseveración de que "la ciencia ha descubierto la esencia de la conciencia". Ni un solo científico desapasionado suscribiría esta afirmación. Y no porque aún no esté hoy plenamente desarrollada la psicología, sino, simplemente, porque no es de incumbencia científica el llegar así a las "esencias" de las cosas; menos aún a la del espíritu. Ilitchev hace aquí también un tránsito velado a su propia filosofía que le da una explicación materialista del espíritu. Es en metodología filosófica donde habrá que discutir esa explicación. Filosóficamente la intentó Marx: buscando salvar al hombre de su "alienación", y no por ninguna razón científica, fue como rechazó la tradicional concepción espiritualista. La discusión debería orientarse hacia esclarecer si no se "aliena" mas radicalmente al hombre al privarle de su trascendencia, si no se le hunde con ello, contra su más profunda apetencia, en la naturaleza no humana, como concedió virtualmente Engels. Pero Ilitchev ni roza este problema.

La apelación al progreso de la fisiología del cerebro, en relación con el de la cibernética, para justificar la concepción materialista de la conciencia y el pensamiento, es tan pobre en el fondo como aparentemente brillante. ¿Piensa sinceramente Ilitchev que llegaremos a fabricar un "robot" dotado de conciencia?

De que el hombre pueda hoy, y haya de poder con mucha más amplitud mañana, intervenir sintéticamente en el microcosmos, tanto inorgánico como orgánico, modificando los procesos vitales, no se sigue con ninguna lógica que debe declarar imposible la constatación eventual de hechos, en los que él mismo no haya intervenido y a los que no pueda asignar una causa proporcionada en el ámbito de las leyes naturales. El "milagro" no se declara imposible, sino en virtud de una negación radical previa de la existencia de Dios.

En resumen, es, pues, muy pobre la requisitoria de Ilitchev contra la religión; pretende apoyarse íntegramente en el progreso de las ciencias y en realidad hace continuamente un

tránsito desde ellas a su filosofía materialista. Las proposiciones fundamentales de esta filosofía sí contradicen a las de la religión, pero no son "científicas", ni, en rigor, más acordes con las conclusiones científicas que las fundamentales afirmaciones religiosas.

Entendemos ahora bien por qué tuvo tanto interés en no aceptar la separación de competencias (de lo científico y lo religioso-filosófico) que reconoció propugnan los teólogos católicos, y que él caricaturizó como "teoría de las dos verdades". Ella sola ya desarmaba todo su ataque. Por otra parte, la lucha en un campo acotado, exclusivamente filosófico-religioso, es más difícil para el materialismo, aunque haya sido su clima inicial; y, desde luego, es menos popular. Al impedir a las afirmaciones religiosas situarse en el mismo terreno que la ciencia se puede hacer valer contra ellas la acusación de estar en una perpetua "provisionalidad", hasta tanto que llegue a desbancarlas el progreso científico. No podemos negar, por otra parte, que el proceder de algunas apologeticas religiosas haya sido, y aún sea, en este aspecto poco acertado.

Pero lo que aquí nos interesa no es refutar las acusaciones del Informe, sino reflexionar sobre su mentalidad y sus presupuestos. La actitud adoptada nos revela una situación de espíritu análoga a la de la segunda mitad de nuestro siglo XIX. Es una situación que podemos dar por superada en Occidente; índice de una menor madurez. Quizá sea, por lo demás, una situación por la que hay que pasar, y que en Rusia llega con un retraso comprensible por el retraso con que se ha efectuado el progreso científico y técnico. El aislamiento sistemático del comunismo soviético en sus treinta primeros años, ha contribuido a mantenerla. Deja entrever una euforia y entusiasmo sin límites (sin duda, pasajero) por las realizaciones recientemente logradas, cuyas posibilidades ulteriores aún parecen infinitas, sin límites reales. En este ambiente, la filosofía busca instintivamente la sombra de la ciencia, autorizarse con su congruencia. Y siente celos de cualquier posición que entrevé como un rival en su pretensión. En realidad, solicita incluso constantemente a la Ciencia para obtener de ella más de lo que puede dar, como hemos visto sobradamente.

La imagen de la religión que presupone el Informe.

Hay, pues, una actitud filosófica como factor decisivo en el fondo de la oposición a la religión. Esto no puede extrañarnos, pues el materialismo dialéctico es una filosofía. Al contrario, el que lleguemos tan tarde a una conclusión tan obvia, es muy significativo: revela, por una parte, el momento "cientista" por el que pasa la Unión Soviética; por otra, muestra una cierta

desconfianza en la ya lejana filosofía de Marx, al que (sin embargo) se quiere permanecer fiel.

No hay en el Informe ninguna apelación neta a la razón por la que Marx rechazó la religión: tampoco a la razón por la que, más comprensiblemente apoyados en las realidades históricas, muchos militantes del socialismo han basado su repulsa: la religión como socialmente reaccionaria.

Alguna alusión hay en el Informe a todo ello; pero también hay una afirmación de que no es la razón decisiva. Como ya dije al comienzo, creo que probablemente sienten los dirigentes soviéticos temor de que al calor de la práctica religiosa se avive en los ciudadanos el sentido ético de libertad, contrario al totalitarismo. Pero es muy significativo que no quieran ponerlo en primer plano, ni siquiera decirlo abiertamente.

Hay un párrafo, en el que reaparece de algún modo la idea de Marx. Quiero ahora fijarme en él y, alrededor de él, en una serie de insinuaciones dispersas, que trazan a nuestros ojos la imagen de la religión que el Informe presupone. Aquí, está, a mi entender, el punto más aleccionador. Esa imagen es tan miserable, que, si la religión efectivamente fuera eso, valdría verdaderamente la pena de acabar con ella, libertando así a la humanidad. Junto con la euforia cientista y con el temor por la propagación del ethos de la libertad, quizá más determinante que esos dos elementos, este tercero nos da la clave de la persistente fobia antirreligiosa soviética.

No es lo fundamental en esa imagen el que la religión sea declarada limitada en su duración histórica. Cuando se nos dice que "hubo un día en que no existió y vendrá otro en que no existirá", naturalmente, tanto la aventurada profecía como la falsa afirmación que la precede no se nos brindan como datos, sino como dogmas, dependientes ya de la teoría materialista. No proporcionan ninguna razón para la aceptación del materialismo dialéctico, porque lo presuponen.

Pero el materialismo dialéctico, como filosofía de la historia que es ante todo, sí presupone un veredicto, históricamente justificable, sobre la nocividad de la religión. Sin él, no hubiera llegado a formularse como materialismo pleno, en sentido de excluir las fundamentales afirmaciones de la religión y de la filosofía espiritualista tradicional (existencia de Dios, destino inmortal del hombre). Puesto que es fundamentalísimamente una praxis y no una teoría, si no hubiera juzgado a la religión nociva en su historia, no hubiera tenido que extender su materialismo hasta excluirla y se hubiera contentado con afirmar que es lo económico el factor decisivo en la historia humana (la afirmación más nuclear del "materialismo histórico" de Marx), por lo que hay que liberar al hombre de la "alienación" en que lo pone fatalmente el mismo

proceso económico. Hubiera podido dejar en paz a la religión e incluso pedir su ayuda para esa liberación.

Entiéndase bien: no pretendo decir que no sea esencial en el pensamiento real de Marx el ateísmo, pero creo que en su base hay un juicio peyorativo sobre el hecho histórico de la religión, juicio histórico que él esencializó. Los soviéticos de hoy lo repiten, aunque con menos profundidad y más rutinariamente.

Hay en él, ante todo, una acusación de oscurantismo: la religión da una imagen fantástica del mundo, paraliza el espíritu por los dogmas, es necesariamente un freno al progreso científico. Este rasgo es el dominante en la presentación de la religión que nos hace el Informe.

En el párrafo que ahora más nos interesa hay otra acusación de inhibicionismo: la religión hace del hombre un esclavo sólo capaz de esperar de rodillas la gracia; desvaloriza el trabajo por la idea de que todo lo terrestre es perecedero. Indudablemente con esta acusación deben unirse las insinuaciones dispersas de que la religión impide el progreso social, sosteniendo los legitimismos ancestrales (nación, casta, régimen...)

Injusticia de esa imagen.

La apreciación de estas dos acusaciones desde el punto de vista de la filosofía de la religión y, más concretamente, de una filosofía del cristianismo, debe ser matizada. Hay que tener en cuenta, por un lado la "esencia" de la religión y el cristianismo (como hoy las pueden revelar la aplicación del método fenomenológico ampliamente tomado), por otro la historia de sus realizaciones concretas; sin dejar a aquélla perderse en lo anecdótico de éstas ni tampoco sublimarse en una idealidad abstracta.

Ilitchev se fija solamente en las realizaciones históricas, y las encuentra pobres. Pero su conocimiento aun de lo histórico de la religión y el cristianismo es el que aparece más pobre a través de sus insinuaciones. Su caso es análogo al de Marx, que se fijó en el idealismo de la derecha hegeliana, en la unión de la Iglesia y el Estado en Prusia, en las supersticiones ambientales..., para juzgar a la religión. Sobre todo, es absolutamente impropio e injusto condenar en bloque la actitud religiosa, tan compleja, por deficiencias históricas, que la misma conciencia religiosa, estudiada estructuralmente a la luz de la fenomenología, sería la primera en rechazar y deplorar; concretamente, juzgar al cristianismo por aquello en que los cristianos históricamente han fallado a su ideal.

¿Hay mala voluntad en ese juicio condenatorio? Naturalmente no quiero ceder a la tentación de juzgarlo así. Apelaré antes al prejuicio que imprime la actitud marxista, cuya tesis

(no rechazable en todos los sentidos) de la primacía de la praxis, lleva de hecho casi inevitablemente a un fanatismo partidista. Quizá podamos ver a través de los rasgos negativos de la descripción una especial imperfección real de la religiosidad local; imperfección atribuible al general retraso cultural y social de la Rusia zarista, a la cerrazón y recelos temperamentales del ruso frente a lo extraño, y, desde la Revolución, precisamente a las durísimas circunstancias de persecución antirreligiosa. Pero, aun tras todas estas consideraciones, renace la tentación de pensar en mala voluntad, cuando vemos que Ilitchev condena también sin razones, y como una mera cuestión apendicular, los esfuerzos actuales de la Iglesia por la renovación y purificación, sin atender siquiera a la posibilidad de que revelen la íntima "esencia" de la religión y el cristianismo mejor que las deficiencias históricas reconocidas.

En todo caso, no muestra Ilitchev tener una noción siquiera aproximada de las verdaderas raíces de la religiosidad en el hombre. La incondicionalidad del imperativo moral, con su existencia de un Fundamento Absoluto de índole personal; la "inquietud" radical de la tendencia humana, índice de una apertura al Infinito por la que se constituye como espíritu libre y de la que dimana su dignidad personal; la insuperable pretensión de vigencia absoluta para el conocimiento (aun en sus condicionamientos y relatividades), que supone una "razón suficiente" al origen de la realidad cognoscible... Estos eternos temas de la mejor filosofía, no totalmente ausentes del marxismo más auténtico y, desde luego, presentes vitalmente en la actitud pre-reflexiva que revela el mismo Informe Ilitchev, no son tomados en consideración en el Informe. En algún momento se reconoce en el pueblo una cierta "necesidad psicológica" de algo trascendente; pero para atribuirlo en seguida a debilidades circunstanciales superables; y creyendo se podrá satisfacer con un aumento de solemnidades sociales. Y, sin embargo, los elementos dichos son los que para una sería filosofía de la religión constituyen el hontanar profundo del "sentido religioso", cualesquiera que haya sido, por los condicionamientos históricos, culturales y sociales, los cauces concretos por los que haya fluído la religiosidad.

Como fenómeno humano, la religión no puede menos de haberse visto condicionada por la situación general humana, no puede menos, por eso mismo, de haberse cargado de imperfecciones; aun la religión que reclame un origen trascendente en una intervención histórica de Dios, no podrá menos de reconocerse sujeta a esta ley. Pero por eso llevará siempre en sí misma la fuerza renovadora, se dará como proceso histórico de continua purificación. (De donde, como decíamos antes, es la mayor de las injusticias, querer negarle la autenticidad de esta

renovación, estratificándola en un determinado esquema histórico para arguir de ahí su inadaptación).

Es el hombre mismo quien es, naturalmente, religioso (y aun "naturalmente cristiano", añadirá el apologeta del cristianismo) y por eso es perenne el fenómeno religioso, bajo la diversidad de las realizaciones concretas. Aquí cabría recordar con Comte, antecesor espiritual del aspecto positivista del comunismo, que el "estrato religioso" es indestructible en el hombre; y reconocer en el mismo fervor "ateo" de Ilitchev (como en tantas otras actitudes del comunismo militante) una verdadera religiosidad, plasmada como "religión de la humanidad". Al tratar de dar consistencia lógica a esa actitud, ¿no nos aproximáramos de nuevo a las fundamentales afirmaciones de la religión, depuradas de sus impurezas históricas?

Ni oscurantista ni inhibicionista.

¿Por qué sería esencialmente oscurantista el espíritu religioso? Su afirmación fundamental le lleva a concebir al mundo y al hombre como procedentes de una última Realidad de índole espiritual e intelectual, lo que subraya la inteligibilidad del mundo y la intelectividad del hombre. La Realidad Última será para el hombre religioso esencialmente "misteriosa", en razón de su Infinitud; pero precisamente en contraste con la "claridad" de este mundo. Y los "dogmas" religiosos sólo serán creíbles a condición de que la inteligencia no encuentre en ellos una auténtica contradicción con las verdades racionales; éste es el verdadero estatuto de la separación de competencias propugnada por la Teología católica, que Ilitchev presentaba falsamente bajo la forma (exactamente opuesta) de la teoría nominalista de las "dos verdades".

Y ¿por qué inhibicionista el espíritu religioso? Su afirmación fundamental le lleva a concebir al mundo y al hombre como procedentes de un Amor Infinito. Esa es, sin duda, la base más sólida para la fundamentación de una conciencia de la universal fraternidad humana, de una exigencia sin límites de entrega al bien de los otros hombres. El personalismo de la concepción religiosa va inseparablemente contrapesado por un esencial comunitarismo. Y, como Bergson intuyó en las geniales páginas del capítulo 3º de su "Les deux sources...", es en ese clima donde se engendra el más auténtico "misticismo de la técnica" como prolongación del Amor creador. En cristiano no hay duda posible: según Cristo, "dar de comer, de beber...", es decir, el trabajo por el prójimo (y no simplemente la limosna, actividad puramente complementaria), es la medida por la que se juzgará del amor interno de los hombres, el único canon al que se hace apelación en la conocida descripción del "Juicio Final". El que una eternidad feliz corone entonces el esfuerzo de amor

hecho en la vida, no es ningún "opio" distractivo; es, al contrario, lo que posibilitará más humanamente el olvido de sí que exige el amor; y lo que dará pleno sentido a un esfuerzo, que, de lo contrario, quedaría condenado a un definitivo fracaso, tristemente devorado por la muerte sucesiva de las generaciones humanas.

¿Puede realmente encontrarse una razón más alentadora para la actividad temporal del hombre, que la seguridad de su permanencia eterna? Una cosmovisión como la de Teilhard de Chardin, por ejemplo, ¿no enardece más para la lucha por la justicia, que la marxista? Cristo, ciertamente, no estableció técnicas de progreso económico, social o político. Pero puso el terreno y creó el clima a que tales técnicas deben surgir. El cristiano que ve "pasar hambre"... etc., a sus hermanos y no procura, con toda la eficacia que le sea posible remediarlo, no es cristiano más que de nombre.

III.—REFLEXIONES ULTERIORES PARA PROVECHO PROPIO.

Escribiendo para un ambiente cristiano, sin ninguna pretensión de que lo escrito llegue a los autores del Informe, es ineludible terminar con unas reflexiones de otra índole. Sacar del Informe Ilitchev una simple consecuencia polémica sería muy poco fecundo. Quizá, desde luego, no hayan sido inútiles las anteriores reflexiones para ayudar a lectores creyentes a formarse un recto juicio de los problemas debatidos e, incluso, a respirar viendo cuál es toda la base del más reciente ataque dirigido contra la religión. Pero es más fecundo, y aun es necesario y urgente, repasar a la luz de lo dicho muchas formas concretas imperfectas que aún puede revestir la religiosidad entre nosotros, que darían cierta justificación al ataque.

Si algo hemos reivindicado con energía para la religión, es precisamente el derecho a la autodepuración, a la progresiva autenticación autógena, contra todo inmovilismo. El clima que el Concilio de Juan XXIII ha creado en la Iglesia Católica es una magnífica expresión de esencial vitalidad interna. Todo católico está hoy llamado a renovarse profundamente en su religiosidad y a renovar, en la medida que le sea dado, el ambiente religioso que le rodea. Las fuentes de renovación son su propio sentido religioso y el mensaje que acepta en fe como palabra de Dios. "Siempre antiguos" y los mismos, son también "siempre nuevos", porque el hombre vive hoy experiencias nuevas. Bajo la Autoridad establecida por Cristo, que ha dado y está realizando en sus directrices supremas la consigna de renovación, cada cristiano debe sacar de su corazón, puesto en contacto con la palabra de Dios, una actitud siempre más conforme al ideal religioso. Y, en la medida en que se sienta llamado a ello, deberá sugerir a los otros ese camino.

Porque, repitámoslo, hay mucho entre nosotros que recibe "un aviso" del Informe Ilitchev, como de todo el ateísmo contemporáneo. Quisiera cifrar brevemente lo que, para mí, es más esencial de esa lección que debemos aprender, en la trascendencia de Dios y de la Religión.

Trascendencia de Dios.

La Infinitud de Dios le hace infinitamente distinto del mundo y del hombre, totalmente incomprensible para nuestra mente finita. Cuando el hombre, para aceptarse a sí mismo con sentido en su apertura al Infinito y en su "inquietud" ante toda realización finita, para dar fundada la incondicionalidad del imperativo moral, para poder dar todo por últimamente justificado en su existir..., acepta la existencia de un Ser Necesario e Infinito, y cuando ulteriormente concluye que no puede orientar su relación a El de otro modo que como una relación personal, ni considerarlo de otra manera que como Espíritu Inteligente y Amante, hace ciertamente algo que responde a la más profunda exigencia de su ser racional; pero se sale con ello del plano de lo "claro", de lo verificable, de lo comprensible, de lo "científico". "De Dios podemos saber "que es" (que existe), pero no "qué es", decía ya Santo Tomás (3).

No sé si entre nosotros "el cristiano de la calle" está hecho a esta Trascendencia de Dios. ¡Cuántas veces quizá aún se le enseña a apoyar la afirmación de su existencia en argumentos muy poco sólidos, que tendrían la ventaja de hacerlo más "tangible", pero también la enorme desventaja de someterlo a las fluctuaciones de las opiniones científicas! Muchas veces se tolera más de lo inevitable en las mentalidades rudas, y aun se fomenta, que la convicción de la existencia de Dios viva apoyada en pequeñas "comprobaciones" (así juzgadas) de la actuación de su Providencia, o en una trama "milagrera". Con eso se producen inevitables crisis en los hoy necesariamente acelerados procesos de ilustración. La angustia de una "provisionalidad", como la que el Informe Ilitchev juzgaba esencial a la fe religiosa, se hace así real para muchos. Y con ello cabe paradójicamente preguntarse si, aun cuando esos hombres creen en Dios, es Dios aquello en que creen, un simple personaje suprahumano, a quien se atribuyen poderes prodigiosos en sus intervenciones en la vida de los hombres. Al leer el Informe Ilitchev se me ha ocurrido que, desde luego, firmaría yo sin dificultad que "Dios" (es decir, eso que él llama Dios) no existe; lo que me ha preocupado es el preguntarme a continuación cuántos jóve-

nes de los que hoy sufren un proceso rápido de ilustración, que llegarán sin duda a idéntica conclusión, no quedarán por ella sin ningún Dios, porque al verdadero no habían llegado aún. Digo que no habían llegado en la formulación; y en la formulación es donde digo también que se quedarán ateos. La actitud profunda, la mayoría de las veces no será atea ni antes ni después de la crisis; como quizá tampoco es absolutamente atea (según ya antes insinué) la actitud del mismo Ilitchev, y, desde luego, no podemos juzgar siempre lo sea la de aquellos que sufren su adoctrinamiento.

El cristiano en su fe religiosa no da meramente expresión a su íntimo sentido religioso que le conduce a la convicción de la existencia de Dios del modo indicado. Acoge además un mensaje histórico, que unos "signos" le recomiendan como Palabra de Dios, y responde con una adhesión personal, posibilitada por una interna atracción de la gracia (que le hace desbordar, aún más radicalmente, el campo racional). Encuentra, por otra parte, en ese mensaje histórico y en las fórmulas dogmáticas que se lo expresan, una proximidad más confortante del Dios infinitamente Trascendente. Pero también esta consiladora cercanía histórica de Dios encierra sus peligros y también aquí la Trascendencia de Dios conserva sus exigencias. Dios y su Providencia no se hacen un ápice menos misteriosos en el cristianismo. La progresiva ilustración exegetica y teológica es extremadamente urgente en periodos de rápido progreso cultural, so pena de que se produzcan masivamente las defecciones en la fe. Creo que en algunas "pérdidas de fe" cabría preguntarse si había realmente fe (con su esencial oscuridad y respeto a la Trascendencia). En muchas más, desde luego, habría que afirmar que no había un conocimiento adecuado del contenido de la fe.

Y trascendencia de la Religión.

Para concluir, quiero referirme a la necesidad de depurar no ya la concepción de Dios, sino las mismas manifestaciones religiosas. ¡En tantos puntos están esencialmente implicadas con formas culturales caducas! Un cierto espíritu tradicionalista es inseparable de la actitud religiosa, particularmente de aquella que ha brotado de un determinado acontecimiento histórico, recibido como "mensaje de Dios". Pero habrá que cuidar que el culto de la tradición no lo invada todo y lleve a muerte por inmovilismo. Lo adventicio de situaciones históricas que, muchas veces, nada tienen que ver con el acontecimiento original, tiende a quedar consagrado en la transmisión tradicional del mensaje. La tarea de desligar, renovar, "poner al día", es indudablemente delicada; pero indispensable y sumamente urgente, sobre todo en las épocas de conmoción social.

(3) In Boet. De Trím. 1, 2, ad 1; De Ver. 2, 1, ad 9; C. Gent. 1, 30 y 3.49; Summa 1, 12 y 13, 8 ad 2, etc.

La Subversión Comunista en las Universidades Venezolanas

S. M. Aguirre, S.J.

A nadie puede extrañar el que nuestras masas latinoamericanas no sepan medir el grado de infiltración comunista en los puestos claves desde los que se influye en el país, ni echen de ver el peligro que esto supone.

Pero lo que ya resulta a todas luces incomprensible es que sea esta misma actitud alegre y confiada la adoptada aparentemente por algunos políticos que se llaman a sí mismos demócratas, y que, sin embargo, llevados de un falso concepto de tolerancia, tienen a gala y consideran para ellos un honor el que se les alabe de "liberales" con quienes ni lo son ni toleran toda propaganda ideológica de otros partidos que no sea el suyo, una vez llegados al poder. Según este modo de ver las cosas, el poner fuera de la ley al Partido Comunista es muestra de una cerrazón intelectual propia tan sólo de espíritus extremistas. Y hasta el mero hecho de dar la voz de alarma, como la estamos dando nosotros en estas líneas, se tiene por candidez y exageración.

Hay que reconocer la habilidad con la que el comunismo consigue que muchas gentes que se considerarían ofendidas si se les acusara de favorecerlo, repitan a manera de autómatas las ideas que éstos les han inoculado sutilmente: "¡Ud. es un exagerado! Ud. ve comunismo en todas partes". "¿Fulano de Tal comunista? ¡Ni por pienso! Es cierto que se trata de un muchacho de ideas avanzadas, de un espíritu inquieto y abierto a todas las ideologías. Si los comunistas le invitan a hablar en una concentración de camaradas, pues se sube a la tribuna y perora como uno de tantos. Pero por eso no puede Ud. decir que sea un comunista".

Y por este camino de las atenuantes ideológicas y de la sustitución del remoquete de socialista, que suena menos mal, al de comunista, que alarma demasiado, se podría llegar a tranquilizar provisionalmente las conciencias de muchos bonachones idealistas de la Libertad con mayúscula, y convencerles de que el peligro de una subversión comunista es punto menos que una utopía.

AUSENCIA DE VERDADERO CONTENIDO FILOSOFICO EN

La confusión de planos, cuando lo religioso se ha mezclado históricamente con lo nacional, lo social o lo político, viniendo como a consagrar determinadas actitudes nacionalistas, diferencias de clase o regímenes de gobierno, es de lo más peligroso. Pero peligroso no solamente desde el punto de vista "táctico", sino desde un punto de vista mucho más profundo, de la pureza de la religión. Porque es muy propenso el hombre a sublimar religiosamente pasiones muy poco limpias y, últimamente, sus egoísmos. Con lo que atenta flagrantemente contra la esencia misma de la religión. El fariseísmo condenado por Cristo fue claramente una desviación de este tipo, surgida en el seno de una sincera religiosidad. Y, por triste paradoja, el cristianismo, religión del amor, ha servido en el curso de la historia para cobijar muy turbios egoísmos.

Hay que hacer a la Religión trascendente sobre toda utilización egoísta, que nos veamos tentados a hacer de ella. Y hemos de llegar en esta línea a proscribir la simple pereza inhibidora, que tendería a ver la religión como puro consuelo personal sin proyección comunitaria, como principio conservador del orden, contra todo "desorden" revolucionario. Al servicio de un amor universal, el cristiano debe ser, cuando haga falta, tan revolucionario como el que más.

Como ya indicamos al principio, al oponerse a la tendencia Ilitchev, Garaudy ha propugnado la plena tolerancia religiosa. No nos interesa ahora saber si es plenamente sincero en ello. Pero sí recoger su idea. Piensa que cristianos y marxistas pueden colaborar en el plano económico, social y político, a la obra revolucionaria. Juan XXIII lo ha afirmado, por su parte, en la "Pacem in terris", para aquellos objetivos concretos que, aun en lo práctico, no implican pasiones rechazables (como sería la implantación de un régimen que destruyera la justa libertad...). Garaudy nota que "los cristianos que luchan a nuestro lado dicen a veces que, poniendo fin a todas las alienaciones, se depurará la religión. Nosotros, marxistas, pensamos que el fin de la alienación marcará el fin de la ideología religiosa, que es su reflejo".

Es, piensa él, la auténtica mente de Marx: dejar que la religión muera con el progreso. Los cristianos podemos perfectamente aceptar este reto. Mantengamos con plena convicción, filosófica y creyente, que la religión saldrá depurada de la prueba. Sólo pedimos la libertad; es por lo que nos resulta dolorosa la situación rusa. El resto debemos pedirnoslo a nosotros mismos, confiados en la Verdad salvadora que es Dios.